

en que como asunto de disciplina debe castigarse severamente el atrevimiento de hacer preguntas por el mero deseo de molestar, creo que por una vez en que esto suceda habrá diez en que la pregunta del niño sea prueba de actividad mental y del deseo de saber.

Catecismos.—Parece conveniente volver por un momento á tratar de las preguntas tal como las hallamos en los textos, y del uso de los catecismos. El aprender de memoria las preguntas se presta á las siguientes objeciones: (1). El lenguaje en que están concebidas, raras veces ó nunca tiene el mérito suficiente para justificar el que sea encomendado del todo á la memoria; (2). Suponiendo que sean aprendidas de memoria y que puedan ser recordadas, las proposiciones son generalmente incompletas, por cuanto una parte de la proposición está contenida con la pregunta, que no se aprende de memoria, y la otra parte ó la respuesta es un mero fragmento, y es de poca ó ninguna utilidad. (3). Se supone que cada pregunta no admite sino una forma de respuesta, lo que de cien veces podrá suceder una vez. Pero el peor efecto de los catecismos es el que produce en el maestro, pues lejos de ejercitarle en la práctica de preguntar, el uso del libro produce el efecto contrario. No se habla aquí, por supuesto, del catecismo de la Iglesia, pues su contenido debe ser respetado, y para los sacerdotes, los padres y otros que no son maestros de profesión, puede éste ser útil para ver la clase de conocimientos que debe comunicarse á los niños, y en qué orden están arregladas las partes. Pero ninguno que conozca los principios más elementales del arte de enseñar hará nunca uso de un catecismo, ni obligará á que las respuestas de éste sean aprendidas de memoria. Recuerdo con qué piadoso cuidado se me enseñó en la niñez el catecismo de la Iglesia, y cuántos cente-

nares de veces he recitado aquel formulario. Recuerdo también que contenía esta pregunta: “¿De qué somos deudores á *nuestros* padres?” y que siempre creí que *nuestros* era un verbo; pero nunca lo pregunté, y así como nos aprendemos el catecismo religioso sin entenderlo, así se aprenden las cosas en los catecismos que tratan de otras materias, porque lo mismo sucede en asuntos de fe que en los científicos. Nunca he presenciado examen alguno en donde los alumnos que han estudiado astronomía, historia, mitología ú otra materia por catecismo, demuestren haber entendido los puntos tratados.

Libros en estilo de conversación.—La misma objeción, aunque en su menor escala, puede hacerse respecto á los libros en que se intenta tratar puntos científicos ó históricos en forma de conversación. En tales libros siempre se representa á un buen niño y á una buena niña muy inteligentes y deseosos de saber, que tienen mucha familiaridad con el maestro, á quien le preguntan siempre lo que este desea responder y le presentan aquellos problemas y dificultades cuya solución tiene él preparada. La inverosimilitud que reina en todo esto desagradada tanto á los niños como á las personas de más edad. Los diálogos verdaderos tienen gran encanto para los niños, pero no los que dejan comprender claramente que se han escrito para que sirvan de lección.

Exámenes escritos.—Debemos considerar ahora la utilidad de los exámenes escritos. Por el momento establezcamos que son el medio principal que sirve para conocer en el exterior la obra de la escuela. Más tarde tendríamos que considerarlos como medios de selección y como de recompensa permanente; pero antes es preciso considerarlos como auxiliares de la educación.

Qué pueden probar.—¿Qué significación tiene res-

pecto al alumno un juicioso examen escrito? Es una prueba sus conocimientos. Pero es, además, un valioso instrumento en la educación; enseña método y prontitud é inspira confianza en sí mismo; exige exactitud, memoria, atención concentrada y la facultad de modelar y arreglar nuestros pensamientos. Por otra parte, como Latham lo afirma, detrás de todas estas cualidades podría descubrirse lo que un fisiólogo llamaría solidez ó robustez del cerebro, ó lo que llamamos energía de la mente. De esto, en cuanto pueda ser producto del ejercicio con los libros ó con las ideas, podemos juzgar justamente mediante un examen escrito. Vemos qué conocimientos se han adquirido, y conocemos el esfuerzo del cerebro para conseguirlos; podemos notar la fuerza ó debilidad de la voluntad, y deducir de un cuaderno de papel si el hombre conoce ó no su propia mente. Lo escrito mostrará cualidades que quizás no pudieran revelarse por respuestas de viva voz. El examen oral es bueno para estimular la mente, para hacer trabajar al estudiante con prontitud, para probar su destreza y avivarle el ingenio. Las respuestas orales son necesariamente incompletas; el alumno lee muchas veces en la expresión del maestro lo que debe decir, y las respuestas de sus condiscípulos le facilitan las suyas. Por mucha unidad y enlace que haya en el tratamiento del asunto, esa será obra del maestro y no del alumno; y hasta que se ha hecho sufrir á este un examen escrito, no hay seguridad de que él haya abarcado el todo, ó de que conozca perfectamente las relaciones que existan entre los puntos comprendidos en la materia.

Lo que no pueden revelar.—Debemos, sin embargo, reconocer que hay ciertas cualidades muy valiosas que no pueden revelarse en un examen escrito y que no reciben estímulo alguno si se confía mucho en este. Si se

exceptúan la obediencia y la diligencia, las otras cualidades morales no pueden ser sometidas á prueba, ni ejercitadas. No podéis saber si la acción de la mente ha sido rápida ó lenta, ó si en el alumno ha influido la idea del deber ó la afición á su trabajo; mucho menos os formaréis idea de aquellos atributos de que dependen en gran parte el éxito y la honra en la vida, como son la simpatía con los seres humanos, la deferencia para con los superiores, la facultad de trabajar con los demás é influir en ellos, la finura, la docilidad, y las maneras. Reconozcamos en definitiva que si los mejores exámenes no ponen á prueba al hombre en su conjunto, sino que dejan elementos muy importantes del carácter para que sean reconocidos por otros medios, tenemos aun que preguntar entre qué límites dan los exámenes resultados satisfactorios, y cómo podemos conseguir de ellos el máximum de provecho. Si no obtenemos buenos resultados juzgando por los exámenes, no es porque estos desvíen ó dejen de ser equitativos, sino porque los usamos exclusivamente y no hacemos al mismo tiempo buen uso de otros medios que nos sirvan para juzgar.

Sucede frecuentemente que los alumnos que se presentan por primer vez á un examen público están impedidos por la turbación y no se les puede hacer justicia, porque las condiciones del examen, el silencio, el aislamiento, la completa imposibilidad de recibir una indicación, palabra ó estímulo amistoso, ó de saber si van bien encaminados, son completamente nuevos para ellos. Mas estas condiciones no deben ser nuevas, porque son en sí una disciplina de la posesión y del dominio propios. Haremos bien en aceptarlas no como un mal sino como que tienen valor de suyo; y si nuestros alumnos han de presentarse á examen público, debemos hacer

que este se subordine á nuestros propósitos como maestros, y no subordinarnos nosotros á él.

Metáforas falsas.—Al tratar de estos puntos hagamos por no engañarnos con falsas metáforas. Se nos dice algunas veces que el hábito de someter á prueba á los niños, ya por medio de exámenes orales ó escritos es como el desenterrar las raíces de una planta para ver como crecen, y los que se expresan así dan mucho valor al silencio y á la meditación, y recomiendan la importancia de dejar campo al desarrollo silencioso y á la acción natural de las facultades mentales del niño. Pero no hay exactitud en esta analogía, pues el acto de reproducir lo que sabemos y de darle nuevas formas de expresión, no es un acto de ablandar sino de fijar. Debemos, por supuesto, abstenernos de preguntas innecesarias, pero sin olvidar que no hacerle preguntas á un niño ni someterle á prueba alguna no es darle mejor campo para el ejercicio espontáneo de sus propias facultades, sino estimular la inacción y el olvido.

Hay otra enfadosa metáfora usada con relación á los exámenes. Se dice que los niños aparentan saber en el examen lo que verdaderamente no saben; pero se puede responder que de lo que se trata por medio de él es de averiguar quiénes son los que verdaderamente saben, pues el examinador que comprende su arte sabe discernir la diferencia entre lo que es conocimiento genuino y ha sido bien digerido, y lo que se ha indigestado y es superficial.

Si á un alumno se le ha permitido hacer en dos meses lo que es obra de un año, lo que constituye el mal no es el enfuerzo excepcional de los dos meses, sino la pérdida de los diez. Siempre que la salud no sufra, debe consentirse que el alumno se consagre á cierta clase de trabajos que necesiten gran esfuerzo. Lo que

podría perjudicarle sería la prolongación por mucho tiempo de dicho trabajo. La naturaleza es muy generosa con los jóvenes, y muy pronto vuelve á restablecerse su energía, tanto intelectual como corporal. Por un caso que se presenta de alteración de la salud de un joven ó de una joven por el mucho ejercicio mental, hay veinte ejemplos de escolares que sufren por efecto de pereza ó de la inacción.

Precauciones contra el abuso de los exámenes.—Pero concediendo que el exceso de tarea sea un mal, puede evitarse fácilmente si se tienen en cuenta las siguientes precauciones:

1. No se prepare á los alumnos de la escuela para más de un examen externo, y hágase que el programa elegido corresponda á las miras del maestro y al ideal de la obra escolar.

2. Elegido el plan, empíese el trabajo preparatorio con mucha anticipación, y cada día, aunque sea lentamente, se irá caminando hácia el fin. No se permita á ningún alumno que se presente sin que haya tenido tiempo y oportunidad para salir bien de su empeño.

3. No se permita que una parte de la preparación sea considerada excepcional, y, en tanto que sea posible, hágase que éntre en el programa diario de la escuela.

4. No se permita que los alumnos elijan los asuntos; pero sí es bueno descubrir y estimular la inclinación particular de cada niño. Á la larga, los intereses del alumno se consultan mejor haciéndole aprender lo que otros aprenden y lo que la escuela puede enseñar mejor.

5. Es un buen sistema el de someter á los niños á exámenes escritos cada quince días ó cada mes, sobre los principales puntos enseñados. Deben observarse en ellos las mismas condiciones—silencio y aislamiento—

que en los exámenes públicos. Además de esto, es mejor dar una sola pregunta que se relacione con cada punto, para que sea enteramente respondida por escrito. El maestro debe leer en alta voz alguna de las respuestas, señalando sus defectos, y dar después á la clase el modelo de la respuesta, tan completo como le sea posible, tanto en lo relativo á la materia como al estilo.

Para los fines escolares es mejor usar con frecuencia una forma de exámenes que no pueda ser usada en los públicos, á saber, dar más tiempo y permitir el uso de los libros. Después de todo, algunos de los mejores trabajos hechos fuera de la escuela se hacen en esas condiciones, y el arte de usar autoridades y de referirse á ellas es uno de los que deben ser enseñados en la escuela. Algunos asuntos se prestan más que otros para esta clase de ejercicios, v. g. la biografía, la descripción de un país, la explicación de la teoría de una regla matemática, la preparación de un ensayo sobre algún tema científico ó de especulación moral. Así no se necesita poner á prueba la memoria, sino la facultad de utilizar todos los recursos que están á disposición de uno: los libros y el pensamiento. Un maestro podría decir á sus alumnos: "Aquí hay un tema que requiere pensar un poco para tratarlo; por eso les daré dos días de término, y pueden Vds. consultar los libros que consideren oportuno."

Preparación de las preguntas escritas.—Al formar un pliego de preguntas, ó al determinar cuántas propondréis, las circunstancias deben servir de guía. Si vais á examinar á otras personas que no sean vuestros alumnos, será más conveniente presentar más preguntas de las que deben ser respondidas y dejar al estudiante en libertad para escoger las que mejor pueda contestar. Pero en un colegio ó escuela en donde el mismo maestro

es el examinador y conoce exactamente lo que se ha enseñado y qué debe saberse, no es oportuno dejar al escolar la elección ó poner más preguntas de las que pueden ser resueltas fácilmente en el tiempo fijado. Es él, y no el alumno, quien debe elegir las preguntas que han de responderse.

Por regla general, no es conveniente presentar un pliego de preguntas para que todas sean contestadas de una vez. Si el examinador confía en su memoria, ó en el conocimiento general del asunto, sus preguntas tendrán una especie de semejanza de familia; las dirigirá á cada alumno según sus aptitudes, y así cada cual se preparará con tiempo. Si arregla un programa que sirva de auxiliar al texto, se verá inducido á escoger preguntas sobre detalles oscuros ó aislados, ó temas sencillos para interrogar sobre ellos, pero de escaso valor positivo. Así, se debería llevar su libro de notas y apuntar en él toda buena pregunta que la enseñanza sugiriera, á fin de tener dispuesto un repertorio de ellas para cuando se necesitara usarlas. Obrando de este modo se pueden adaptar las preguntas á los conocimientos de los escolares, lo que no podría conseguirse de otra suerte.

Requisitos de un buen pliego de preguntas.—El primer requisito de un buen pliego de preguntas es que estas sean claras y no puedan ser interpretadas en diversos sentidos. Evítese toda ambigüedad y oscuridad, para que correspondan á su objeto.

Luego es preciso que se adapten á la edad, á los alcances de los discípulos y á lo que puede razonablemente esperarse de ellos. Si el maestro piensa en el efecto que han de causar en el padre ó en el público, está en peligro de no ser justo con los discípulos. El objeto que tienen las preguntas es el de averiguar lo que ellos saben, y no el de descubrir su ignorancia. Necesitáis

estimarlos para que hagan el mejor uso posible de los elementos que tengan, y no hay sinceridad para con ellos cuando se les presenta un pliego de preguntas que habéis preparado para mostrar vuestros propios conocimientos, é impresionar al público con la extensión y excelencia del plan de estudios más bien que para corresponder á las razonables exigencias que hayáis de tener respecto á los alumnos. Conocí una escuela particular cuyo director hacía imprimir el pliego de preguntas para los exámenes y lo mandaba fijar en las estaciones de ferrocarriles é insertar en los periódicos, junto con un prospecto de la escuela y grabados en madera que representaban el establecimiento (que era muy mediano) con apariencia de palacio rodeado de jardines. Excusado es decir que las preguntas eran formidables, y que estaban calculadas para excitar la admiración del pueblo ignorante; y fácil es imaginar, aunque no se informaba de eso al público, lo que los muchachos sabrían de ellas, lo que responderían, y el influjo moral que un maestro podría ejercer sobre niños á quienes hacía participar en una impostura.

Las preguntas deben ser tales como las que pudieran animarse á contestar un estudiante mediano que no contara con grandes facultades para la composición, sino con su diligente esfuerzo. Las cuestiones sencillas son siempre mejores, porque se adaptan á los entendimientos comunes, y en el modo de tratarlas y en la sustancia de ellas se ofrece campo bastante para distinguir el mérito de los alumnos. Entre estas cuestiones sencillas podrían intercalarse dos ó tres que requiriesen algún esfuerzo de entendimiento para resolverlas, de manera que ofrecieran ocasión de lucirse á los mejores estudiantes. Por ejemplo, de diez temas sobre aritmética, siete se pondrán en la forma que el escolar las es-

pere naturalmente, y tres de modo que requieran explicación de principios y que sin ser embrolladas puedan poner á prueba los conocimientos y el alcance de los buenos alumnos. Debe procurarse, recuérdese bien, que cada pliego tenga un valor distinto y superior al de mera prueba; debe hacerse referencia á él y ser leído nuevamente, lo que ayuda á formar entre los estudiantes el ideal á que se aspira. Recuérdese que un buen examen, cuando ha llenado su principal condición de ser un escrutinio honrado de lo que el alumno ha de haber aprendido, debe servir también para mostrar lo que el maestro desea que sus alumnos alcancen, y en qué dirección quiere encaminar sus ideas.

Hay cierto género de examen que tiende á habituar á la farsa tanto á los alumnos como al maestro, que consiste en animar á aquéllos á que usen un lenguaje que no entienden, pues presupone facultades especulativas y filosóficas que aun no poseen.

Permitidme que os lea algunas preguntas hechas en un colegio público á algunos jóvenes que habían estado asistiendo á un curso de conferencias:

¿Qué es historia general, y cómo se puede tratar científicamente este asunto?

¿Cuáles son los principios fundamentales de la política china y de la organización social de aquel país?

¿Qué contienen los Vedas? ¿Cómo y por qué se desarrolló el brahamismo en la India, y qué analogías existen entre las mitologías india, egipcia y griega?

¿Quiénes eran los persas? Describa su período mitológico, y diga los principales incidentes de su historia, y las causas de su decadencia.

¿Quiénes eran los griegos, y cuál fué su influjo en el desarrollo intelectual de la humanidad?

Hable de las principales leyes de Licurgo y de Solón,

de sus analogías y diferencias, y de su influjo en la formación del carácter griego.

Nombre las más importantes escuelas filosóficas de la Grecia.

¿Cuáles fueron las principales causas que condujeron al establecimiento del imperio romano?

¿Cuáles fueron, desde el punto de vista histórico, las causas principales para el rápido progreso del cristianismo?

Hemos visto algunas de las respuestas á estas preguntas, en las que no hay hechos sino divagaciones acerca de la enseñanza filosófica de Tales y de Anaximandro, y de las fuerzas estáticas y dinámicas de la humanidad. Saltan á la vista la pretensión y falsedad en todo esto. Algunas de esas preguntas no las responderían fácilmente personas ilustradas; mucho menos principiantes que no pueden entrar con acierto en generalizaciones filosóficas, porque ignoran absolutamente los hechos en que se apoyan.

Calificación de las respuestas escritas.—Suponiendo que el maestro haya arreglado sus temas en vista de los conocimientos que tienen los alumnos, tanto los medianos como los inteligentes, viene después el modo de calificar las respuestas. La mejor y la que más se acerca á la justicia, es la calificación numérica. Se fija, por ejemplo, el número 100 para designar el grado más alto; á cada tema, según su dificultad, se la asigna cierto número de grados. Es un buen método distribuir cerca de 90 de esta manera, y dejar 10 para el estilo, la limpieza y el pulimento y la habilidad general en el arreglo. Al distribuir los 90 grados, se asignarán 12 á un tema, 6 á otro, etc., según el conjunto de conocimientos y la inteligencia que se necesite para dar una respuesta completamente satisfactoria; pero no se dirá á los alumnos qué

preguntas tienen más grados, para que no se preocupen con lo que pueden ganar en vez de fijarse en lo que son capaces de responder, según sus facultades; y así se notará quiénes son los que recurren más bien á la memoria que al entendimiento al formular las respuestas.

Modo de leer las respuestas.—Al leer cada respuesta se le pondrá el número que merezca según la proporción establecida de antemano, para que después no vaya á calificarse á capricho ó según la impresión que produzca el conjunto. Sin embargo, antes de pasar á otro pliego, y mientras están frescos los recuerdos, es bueno sumar los diversos números para ver si el total representa el mérito general del pliego considerado en su conjunto. Porque puede suceder que el alumno, aunque escribiendo con todo el poder de su mente, haya distribuido mal su tiempo, dando sin necesidad respuestas muy satisfactorias á cuatro de las preguntas, por las que pueda obtener el grado máximo, y alcance, sin embargo, á un grado total más bajo que otro estudiante no tan bueno como él que ha tomado ocho temas, y que ha conseguido mayor número en el conjunto. Entonces sería justo darle á aquél algunos grados más por la habilidad en el desempeño general. No es seguro ni equitativo dejar para después el grado total que ha de asignarse á cada estudiante.

En matemáticas no es difícil que un estudiante que ha resuelto satisfactoriamente todas las cuestiones, consiga el grado más alto. Pero en otras materias será muy raro llegar al máximo, porque como éste representa el grado modelo, no es probable que en historia ó en literatura cada respuesta merezca el número más alto. Por término general debe mirarse como bueno el pliego que obtenga las tres cuartas partes del total, y como apenas aceptable el que obtenga la mitad.

Debe tenerse mucho cuidado en que el juicio del maestro se mantenga en sus límites al revisar las respuestas, y, antes de calificar una es bueno leer las correspondientes de otros pliegos y elegir, si se tiene una especie de clave, una ó dos igualmente buenas, y una ó dos igualmente pasaderas, para fijar la norma de lo que es razonable esperar. Ya con esta norma en la imaginación se podrá comenzar á asignar grados á cada una de las respuestas. Si el examen es para distribuir un premio ó para hacer alguna designación es conveniente dar al pliego una segunda lectura, comparando no sólo un pliego con otro, sino las respuestas entre sí. Pero esto no es preciso en exámenes ordinarios.

Grados negativos.—Se ha preguntado algunas veces si deberán asignarse notas negativas, ó notas expresivas de lo malo de una respuesta. La ausencia de conocimientos debe no ser anotada como falta, pues basta con privar al estudiante de las notas conferidas al que muestra conocimientos; pero la ignorancia presuntuosa que confunde el saber con los desatinos y los errores, los cuales comete en grande escala para ocultar la carencia de conocimientos, sí debe ser castigada como falta; lo mismo podría decirse del estilo malo é infatuado, de los yerros ortográficos, ó del uso de palabras cuyo sentido ignora el mismo que las ha escrito. Pero no se deben juzgar con severidad ciertos inocentes desatinos que inevitablemente han de cometer aquellos jóvenes que no tienen previa práctica en estos asuntos. Cuando algún joven os diga: “El castellano tiene en el alemán su principal origen,” “Moratín fué contemporáneo de Cervantes,” “Bolívar fué el libertador de Méjico,” no contéis estas cosas como faltas sino como efectos de la turbación, pues si le hacéis reflexionar un poco él mismo recificará sus errores. Si dijese, por otra parte, que “Colón

se fué á Holanda antes que á España á solicitar auxilio para descubrir el Nuevo Mundo,” ó que “Quintana era mejor autor dramático que Moratín” ó que el castellano viene del griego,” sí deben castigarse estas faltas porque indican suposiciones hechas con el objeto de aprovecharse del descuido del examinador.

Aun en clase puede ser interrumpida provechosamente la serie de preguntas orales, haciendo que la respuesta deba ser dada por escrito inmediatamente por todos los estudiantes en vez de darla oralmente. Método que puede seguirse en el caso de que se desee averiguar si todos los de la clase saben un verbo francés, ó un grupo de nombres, etc. Y entonces, cuando hayáis examinado el libro de notas por el sistema de la corrección mutua ó por otro semejante, el resultado puede ser apreciado en forma numérica. Pero en las preguntas orales ordinarias de una clase creo que no es posible adoptar para calificar el resultado el sistema de números, y sería mejor emplear otros símbolos, como *Sobresaliente*, *Bueno*, *Regular*, *Mediano*, que son más generales.

La moralidad de los exámenes.—Nos falta aun decir lo principal. El problema de los exámenes y la manera, acertada y justa de dirigirlos y prepararlos, afecta muy de cerca á la moralidad de la vida escolar. Fijaos en el influjo que los exámenes pueda tener en el ideal de vuestra labor y la idea que el escolar se forme de ellos. Preguntaos si lo que se le obliga á hacer de preferencia en el examen será lo que más le interesa á él conocer. Fijaos en que el prospecto de los exámenes no desdiga del método de los estudios, del sentido del honor del estudiante y de su amor á la verdad. El maestro debe esforzarse por el buen resultado de los exámenes, pero nunca, suceda lo que sucediere, hará una cosa indigna por obtenerlo. Evitad todo engaño y todo mal resabio de los

usos antiguos, para que así vayan cambiando de opinión con respecto á ellos las personas que los consideran como el veneno de la verdadera enseñanza y como contrarios á los más altos fines del maestro. Los exámenes, en el lugar que les corresponde, han prestado gran servicio á la educación y pueden prestárselo mayor; pero esto será con una condición: hagamos por que ni nosotros ni nuestros alumnos miremos como un fin el éxito en los exámenes, sino como un medio de llegar al fin más alto de la cultura verdadera, al conocimiento de sí mismos y á la reflexión.

VII

ENSEÑANZA PREPARATORIA

Enseñanza preparatoria.—Confío en que nadie estimará innecesario ni fuera de lugar lo que aquí se diga sobre la enseñanza rudimentaria. En la enseñanza superior necesitamos tener á nuestra disposición facultades ya adiestradas y mantenidas en ejercicio sistemático y activo; y sería muy bueno que esta disciplina se obtuviera en la escuela preparatoria. Pero hay dos razones para que los maestros de las escuelas públicas traten de formar nociones claras acerca de la enseñanza elemental y aun de la de párvulos. Primera, porque dicha enseñanza es frecuentemente incompleta y necesita de que se le dé ensanche en un curso superior. Es increíble que se descuide tanto la enseñanza de la lectura y de la escritura, hasta el punto de que jóvenes que han estado en las escuelas públicas escriban de modo que apenas sea legible lo que escriben; y, sin embargo, he visto muchos de ellos presentarse á examen para obtener empleos públicos, y ser rechazados por la razón apuntada. Si en la enseñanza elemental se ha trabajado sin éxito ó no se ha trabajado lo suficiente en este punto, en la superior hay que poner mayor atención de lo ordinario para enseñar con propiedad tales artes; y si por el contrario se ha conseguido provecho, en los cursos adelantados hay que seguir trabajando para acabar la obra.